

Tensiones Éticas: entre la implicación política y la política epistemológica de la Antropología.

Alfonso Sócrates de E. Rigo
(Universidad de Sevilla)
socratesalfonso20@gmail.com

RESUMEN

En 1995 se mantuvo en la revista *Current Anthropology* un debate titulado “Objectivity and Militancy”, donde se enfrentaron las posiciones de Roy D’Andrade y Nancy Scheper-Huges respecto del estatuto mismo de la Antropología. Este debate se desarrolló a través de lo que podría considerarse una falsa dicotomía: una Antropología orientada científicamente Vs una Antropología comprometida ética y moralmente. Esta comunicación se centra nuevamente en este debate asumiendo que ambas orientaciones o compromisos se encuentran comprendidos en un mismo modelo durante la investigación etnográfica. A pesar de ello, consideraciones como el carácter deshumanizador o etnocéntrico del conocimiento científico o, del otro lado, el entendimiento exclusivamente objetivista de la verdad, hacen que persista la vigencia del análisis de las tensiones teóricas, metodológicas, epistemológicas y políticas a las que aquel debate apuntó. En esta comunicación tratará de poner en relación ese análisis con las principales repercusiones prácticas durante la etnografía de las corrientes teóricas más innovadoras de la disciplina: el denominado giro ontológico o etnografía simétrica y la etnografía colaborativa. Se concluirá con una posición en la que se asume el estatuto científico de la disciplina, entendido como rigor y compromiso epistemológico, sin por ello excluir su coalición con principios políticos como los fines decoloniales u otros. Todo ello nos permitirá llevar a cabo una reconsideración de la denominada “autoridad etnográfica” en Antropología.

PRESENTACIÓN

Las reflexiones que presento en esta comunicación tienen su origen en un seminario llevado a cabo el 19 y 20 marzo de 2019, en el seno del grupo de investigación formado a propósito del proyecto I+D *Etnografías Simétrica y Colaborativa. Una propuesta Teórica, Metodológica y Pedagógica a través de tres Etnografías Experimentales*. Dicho esto, aclaro que soy el único responsable de esta comunicación y de los posibles errores generados, en cambio comparto plenamente los posibles méritos pues la discusión con mis compañeros ha sido una aportación fundamental para las ideas presentadas.

El debate acerca del estatuto mismo de la Antropología parece un fantasma que recorre persistentemente todos los espacios institucionales: desde sus departamentos, universidades e institutos de investigación, hasta sus congresos, plenarias y revistas especializadas. Este indisciplinado fantasma, que por periodos permanece oculto a pesar de su presencia implícita permanente en la mayoría de investigaciones, en ocasiones decide hacer posesión de algunos antropólogos y aparecer encarnado explícitamente, para recordarnos nuestras tensiones, contradicciones y paradojas fundacionales. Así ocurrió en 1995 en la prestigiosa revista *Current Anthropology*, bajo el título *Objectivity and Militancy: A Debate*, donde se confrontaron las visiones disciplinarias de Roy D’Andrade, del lado de la objetividad, y Nancy Scheper-Huges, del lado de la militancia. Una Antropología orientada científicamente *versus* una Antropología comprometida ética y moralmente.

Primero, unas aclaraciones básicas. El concepto de objetividad, a través del cual D'Andrade defendía una orientación científica, no era entendido como una realidad extrahumana del tipo "leyes de la naturaleza", ni siquiera suponía algo garante de una "verdad", sino tan sólo un modo de descripción que hace referencia al objeto de investigación y no a las convicciones morales del investigador. En cambio, el concepto de militancia de la Antropología de Schepher-Huges se entendía en relación al compromiso con los sujetos de estudio, refiriéndose a un compromiso no tanto profesional sino político: la obligación ética del antropólogo de posicionarse del lado de los oprimidos, con el fin de decir la "verdad" al poder.

Un aspecto llamativo de este debate es que ambos por igual arremeten contra la antropología posmoderna, comprendiendo en ella desde sus distintas posiciones un relativismo pernicioso. Por supuesto, ambos están refiriéndose a un tipo de relativismo diferente. D'Andrade critica a las corrientes posmodernas el haber hecho de la representación, el discurso y el texto los principales objetos de análisis de la antropología; también, la asunción de un modelo relativista respecto al conocimiento, el modo de conocimiento científico, al mismo tiempo que un modelo moral respecto al colonialismo occidental. En cambio, Schepher-Huges, señala como el problema posmoderno la deriva hacia un relativismo moral, aunque ella habla de relativismo en general, sin diferenciar entre cultural, metodológico o moral (Díaz de Rada, 2010). Por otra parte, aunque D'Andrade aboga por un modelo basado en la objetividad, tal y como la ha definido, considera que puede mantenerse simultáneamente un modelo moral, incluso que éste es el caso general, que ambos modelos se encuentren subsumidos bajo la figura del investigador. La cuestión crucial para él es que ambos modelos deben mantenerse separados durante la investigación. Schepher-Huges en cambio, considera que ambos modelos corresponden a racionalidades y epistemologías, esto es paradigmas (Kuhn, 1962) distintos: objetivismo-empirista el primero, subjetivismo-interpretativista el segundo, lo que los hace inconmensurables e ininteligibles entre sí.

Sus debates son mucho más elaborados que el resumen que presento aquí, además en este debate participan otros comentaristas como Vicent Crapanzano, Jonathan Friedman, Marvin Harris, Adam Kuper, Laura Nader, Tim O'Meara, Aihwa Ong o Paul Rabinow. Pero obviamente no tenemos tiempo de comentarlo todo aquí. Basta lo presentado hasta aquí para alumbrar una sospecha acerca de este debate: ¿Es esta dicotomía, objetividad vs militancia, una falsa dicotomía? Esto era algo en lo que todo el grupo de investigación estábamos de acuerdo, también la mayoría de comentaristas que participaron en el debate incluidos los protagonistas.

Un problema principal de este debate es su generalización, ya que ambos autores plantearon la discusión en términos de qué es lo que deben hacer los antropólogos. El discurso de ambos contenía una pretensión normativa general para la Antropología. De modo general, mi posición en aquel seminario consistió en rechazar tanto el supuesto de objetividad como el de militancia. El primero, principalmente, por descartar algo que a mi entender es una herramienta epistemológica fundamental en Antropología, la que en los propios términos que utiliza D'Andrade se podría entender como la experiencia del objeto por parte del sujeto. El segundo, por la difícil tarea de aceptar una ética precultural, como la propia Schepher-Huges

propone (acudiendo a Levinas), que nos anima a obviar el relativismo metodológico durante nuestra investigación, aspecto que también considero fundamental en nuestra disciplina.

Situemos el debate. Ambos autores como ya he dicho, critican distintos aspectos de la antropología posmoderna, aunque todos ellos condensados bajo el rótulo de relativismo. Aquella antropología que emergió a mediados del pasado siglo y floreció, sobre todo, a partir de *Writing Culture* (Clifford y Marcus, 1986), se preocupó de dos dimensiones interrelacionadas de las etnografías: por un lado, la denominada autoridad etnográfica, por otro, los modos de representación. Inaugurada en la disciplina la crisis de la representación, pasó a denominarse la etnografía que había venido dándose desde Malinowski como el modelo clásico de etnografía o antropología clásica (Rosaldo, 2010). Grosso modo, esta etnografía, aunque preocupada desde su propio momento fundacional por el punto de vista nativo o la comprensión desde “dentro” (Malinowski), privilegiaba la observación sobre la participación y tenía como finalidad fundamentalmente la traducción. La metáfora y la alegoría fueron entonces recursos habituales en las monografías para viajar de los términos de una cultura Otra a los de la propia del antropólogo. Esa figura mediadora y autosuficiente es la que iba a ser puesta en cuestión, la suficiencia de su autoridad, por haber “estado allí”, y la validez de su escritura como representación del Otro. El análisis de los aspectos retóricos y persuasivos de esas monografías señalaría más cuestiones sobre las propias premisas culturales o teóricas de los investigadores, que una representación fiel de la originalidad del Otro, de su diferencia. Desde entonces, como es sabido, se inauguró un momento experimental en la disciplina centrado en las formas de representación: la experimentación textual en las monografías, pero también emergió la denominada Antropología Visual (Sullivan, 2005) así como el interés de muchos los antropólogos por el campo de las artes, ya no como objeto de investigación en sí, sino para la colaboración y experimentación distintos modos de representación (Schneider y Wright, 2006). En lo textual, cobró fuerza la *dialogía* o *polifonía* en las etnografías, con ello se trataba ya no sólo de conocer el punto de vista del Otro, sino permitir su expresión en nuestra etnografía con la mínima mediación posible. Parafraseando a Ingold, y para resumir el cambio que se avecinó en la disciplina para inaugurar el siglo XXI, la antropología ya no consistiría tanto el estudio *sobre* el Otro sino en estudiar *con* el Otro (Ingold, 2013).

Desde aquel final de siglo hasta la actualidad, esta preocupación por la representación ha ido desplazándose del texto etnográfico hacia los aspectos teóricos y, sobre todo, metodológicos de la investigación. En este desplazamiento, a mi entender, destacan dos grandes corrientes que han venido imponiéndose con fuerza en la Antropología contemporánea: la antropología colaborativa (Lassiter, 2005) y la que podríamos llamar antropología simétrica (Latour, 1991) o post-social (Viveiros de Castro y Goldman, 2012). A esta última se puede adscribir esa heterogeneidad de investigadores que de un modo u otro podemos participan del denominado giro ontológico (Holbraad y Pedersen, 2017). Ambas corrientes, entiendo, ponen en juego la disolución de divisiones fundamentales de la disciplina: a grandes rasgos, la primera, entre investigador e informantes; la segunda, entre teoría y análisis.

A mi modo de ver, estas corrientes no suponen una ruptura total o renovación respecto de la etnografía “clásica”, sino que más bien hay un cambio de grado que no por ello deja de ser cualitativo. Me explico.

Considero, por una parte, que toda etnografía ha sido siempre colaborativa, ya que sería difícil obtener información de nadie sin su propia colaboración. Por otra parte, como señala Holbraad (2014), el giro ontológico vendría a intensificar tres tareas tradicionales del antropólogo: reflexividad, conceptualización y experimentación. El cambio cualitativo que introduce la antropología colaborativa consistirá en el modo de materialización de la colaboración, la que puede ir desde la escritura conjunta del texto etnográfico hasta el diseño conjunto de la investigación, lo que cobra sentido debido a que, en muchos casos, esta antropología tiene la pretensión de ser aplicada o implicada (llevado más allá, militante). Por otro lado, el cambio cualitativo que me parece central de la antropología simétrica es cierta inversión de las prioridades entre teoría y análisis en el proceso de investigación, lo que puede considerarse resultado de las tres intensificaciones que he señalado. De algún modo, ello supone la prioridad del análisis sobre la teoría, ya que esta última debe ser obtenida por el investigador en el campo. Lo que el antropólogo haya en el campo no son datos, sino teoría, de ahí que éste deba adoptar las categorías analíticas del propio campo. Una cuestión que incumbe a ambas corrientes tiene que ver con las nociones de diferencia y realidad. Desde la colaboración, se entiende que en el encuentro intercultural el antropólogo se encuentra ante una diferencia inconmensurable que solo podría representar traicionándola. En este aspecto considero que la antropología simétrica va más lejos, y afirma directamente que esa diferencia no es epistémica, sino ontológica; diferencia desde la que cobra sentido, por ejemplo, el multinaturalismo de Viveiros de Castro (2010). En cualquiera caso, esto parece un punto de inflexión en las condiciones de posibilidad del conocimiento antropológico.

Punto y a parte prolongado, tomemos aire. Esta inflexión no puede ser más que el indisciplinado fantasma de la Antropología, agazapado bajo un nuevo lenguaje las tensiones fundacionales de la disciplina. Pero esta vez parece no haber una conmoción tal como produjo la pasada posmodernidad, más bien estos nuevos giros se están asumiendo como salida del barroco resultante de aquella (Marcus, 2007). No hay un debate tan obvio como aquel planteado en 1995, aunque debates ha habido (Crrithers *et al.*, 2008; Holbraad, Pedersen y Viveiros de Castro, 2014) e incluso detractores (Bessire y Bond, 2014; Graeber, 2015). Y digo que el debate no está tan claro porque están escasamente delimitadas tanto las posiciones como lo que hay en juego en él, quizás porque ya nos hayamos habituado a una situación multiparadigmática (Noguera, 2010) como la esgrimida por Scheper-Huges de positivismo vs interpretativismo –aunque para aquel entonces existieran integraciones como en la teoría de la práctica–. Pero a mi modo de ver, el problema es aún mayor. Ya no se está poniendo en juego la naturaleza del conocimiento antropológico, sino que se está sacando la propia idea de conocimiento del juego de la Antropología. Como apunta Miyazaki y Riles (2005) para el caso de la Antropología de lo Contemporáneo, hay una retirada del conocimiento en el punto en que los planteamientos de multiplicidad e inconmensurabilidad son situados “ahí fuera” y no como un fracaso a reconocer de nuestro propio conocimiento. Lo que estos autores proponen es reconocer el fracaso del conocimiento y asumir la indeterminación como un punto de partida y no de llegada en nuestras investigaciones. Pero me temo que en el caso de algunos de los representantes del giro esto no sea una cuestión epistemológica, sino un posicionamiento abiertamente político, que somete a nuestro indisciplinado fantasma exclusivamente a una posición disciplinadamente militante al reavivar la brecha Nosotros/Otros como posiciones de una política antropológica, y no como categorías heurísticas.

Si en el pasado fueron europeos quienes dudaron de la humanidad del Otro, en el presente lo que aparece en duda es la indigenidad de los europeos o, en general, de aquellos subsumidos bajo el rótulo de Occidente. Paradójicamente, lo que esta estrategia político-antropológica logra, al sacar de la ecuación un conocimiento genuino, es la posibilidad de un acuerdo ético producto de la mediación Nosotros/Otros. Matar nuestro fantasma.

Mi consideración es que este retiro es a su vez una sustitución, ya sea por el conocimiento del otro o por un discurso político o militante. El primer caso, entiendo, supone convertir en fin lo que siempre ha sido un medio de nuestra disciplina. El segundo caso desdeñar lo que considero una política epistemológica implícita de la antropología, sustituyéndola por una politización de la episteme antropológica. Me explico, y comienzo por lo segundo. Por una parte, una antropología militante entiendo conlleva unas consecuencias metodológicas relevantes, principalmente, nuestro posicionamiento en el campo se traduce en una falta de acceso a su polifonía o diversidad constituyente. Por otra, puede sustituir u obstaculizar lo que, a mi entender, es una política inherente a la práctica y disciplina antropológica, que consiste en ampliar cada vez más las coordenadas conceptuales del Nosotros, el *Anthropos*. Esto considero que puede ser susceptible de demostración historiográfica. Así, puede decirse que la noción universalista del Nosotros que se estabilizó durante la ilustración resultó eurocéntrica (Todorov, 1989), y colapsó al término de la 2ªGM. Esto tiene que ver con el primer caso, subsumir el conocimiento antropológico al conocimiento del otro impide generar unas coordenadas conceptuales del *Anthropos* con el Otro. En este sentido estoy de acuerdo con Ingold en que la antropología ya no puede considerarse el estudio *del* otro, sino *con* el Otro. Ahora, si la visión humanista de la ilustración colapsó al término de la Segunda Guerra Mundial, lo que desde hace un tipo parece colapsar es nuestra concepción de la Naturaleza, lo que a su vez parece repercutir en la concepción del *Anthropos*, demandando su apertura a otras entidades como señalan las corrientes de la antropología post-social o post-humanista.

Por ir concluyendo, considero que estas cuestiones no incumben exclusivamente a la antropología, pero si son cuestiones que enfrentamos directamente en nuestras investigaciones. Y creo que son claves para la ciencia que demanda el siglo XXI, la que a mi entender requiere una superación tanto de su reduccionismo positivista como hermenéutico. Por supuesto, yo no tengo una propuesta para esto, pero creo que corrientes filosóficas como el realismo crítico y especulativo exploran en esta línea. Algo común a todas esas corrientes a mi entender es que lo real no puede quedar subsumido a lo empírico, pero tampoco podemos subsumirlo a nuestra experiencia, lenguaje o significados. No sé si habrá gente aquí que se considere no-realista, en el sentido de negar la existencia de una realidad independiente del ser humano y su conciencia, pero a mi entender esto sería un etnocentrismo tan grande como la idea de que América no existía antes de su descubrimiento por parte de algunos europeos. Considero que Latour cae en una confusión así, equiparando la epistemología a la ontología, esto es, nuestro conocimiento de la realidad a lo real. En cambio, si tiene razón cuando advierte del carácter fabricado de la realidad.

A mi entender no está en juego el estatus científico de la antropología, sino qué es lo que entendemos por ciencia y si ésta puede dar cabida, en pleno siglo XXI, a una realidad que va más allá de lo que alcanza a

justificarse a través de la razón cartesiana y los hechos empíricos. Si esto es así, estoy seguro de que la antropología puede tener algo importante que decir.

Referencias

- Bessire, L., & Bond, D.. 2014. Ontological Anthropology and the Deferral of Critique. *American Ethnologist* 41 (3): 440-456.
- Carrithers, M., et al. 2008. "Ontology is just another word for culture". Motion tabled at the 2008 meeting of the Group for Debates in Anthropological Theory (GDAT), University of Manchester.
- Clifford, James y George Marcus. 1986. *Writing Culture: The Poetics and Politics of Ethnography*. Berkeley: University of California Press.
- D'Andrade, R. (1995). Moral Models in Anthropology. *Current Anthropology*, 36(3), 399-408.
- Díaz de Rada, Á. 2010. "Relativismos", en *Cultura, antropología y otras tonterías* (pp. 267-280). Madrid: Trotta.
- Graeber, D. 2015. Radical alterity is just another way of saying "reality." *HAU: Journal of Ethnographic Theory*, 5(2), 1–41. <https://doi.org/10.14318/hau5.2.003>
- Holbraad, M., Pedersen, M. A., and Viveiros de Castro, E. 2014. "The Politics of Ontology: Anthropological Positions." *Theorizing the Contemporary*, Fieldsights, January 13.
- Holbraad, M. 2014. Tres provocaciones ontológicas. *Ankuegi*, 18, 127–139.
- Holbraad, M., & Pedersen, M. A. 2017. *The Ontological Turn: An Anthropological Exposition*. Cambridge University Press.
- Ingold, T. 2013. *Making Anthropology, Archaeology, Art and Architecture*. London & New York: Routledge
- Kuhn, T. 1986 [1962]. *La estructura de las revoluciones científicas*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Lassiter, L. E. 2005. Collaborative Ethnography and Public Anthropology. *Current Anthropology*, 46(1), 83–106.
- Latour, B., 2007 [1991]. *Nunca fuimos modernos. Ensayo de antropología simétrica*. Buenos Aires, Siglo XXI.
- Marcus, G. E. (2007). Ethnography two decades after writing culture: From the experimental to the baroque. *Anthropological Quarterly*, 80(4), 1127–1145.
- Noguera, J. A. 2010. El mito de la sociología como «ciencia multiparadigmática». *ISEGORÍA, Revista de Filosofía Moral y Política*, 42, 31–53.
- Rosaldo, R. 2010. El desgaste de las normas clásicas, en *Cultura y Verdad. La reconstrucción del análisis social*. Quito, Abya-Yala, 47-70.
- Scheper-Hughes, N. 1995. The Primacy of the Ethical: Propositions for a Militant Anthropology. *Current Anthropology*, 36(3), 409-440.

Schneider, A., & Wright, C. (2006). The Challenge of Practice. In *Contemporary Art and Anthropology* (pp. 1–28).

Todorov, T., 1989. *Nous et les autres. La réflexion française sur la diversité humaine*. Paris: Éditions du Seuil.

Viveiros de Castro, E., & Goldman, M. 2012. Introducción a la antropología post-social. *HAU: Journal of Ethnographic Theory*, 2(1), 421–433.

Viveiros de Castro, E., 2010. *Metafísicas caníbales. Líneas de antropología postestructural*. Madrid, Katz.